

«te haga participar con Lázaro, en otro tiempo pobre, del descanso «y la dicha eterna ^{1.}»

De modo que mientras la naturaleza desconsolada solo ve un cementerio en el término del viaje; un cementerio con sus tristes misterios de descomposicion y podredumbre, la Religion, radiante de inmortalidad, nos muestra el paraíso con sus alegrías y su ventura, y nuevas palabras de consuelo se pronunciarán en la sepultura. El sacerdote dice arrojando un puñado de tierra sobre el ataud: *Vuelva el polvo á la tierra de donde salió, y el alma á Dios que la ha dado. ¡Descanse en paz! Así sea.*

Despues de una última aspersion de agua bendita, se cierra el sepulcro, y la cruz que hay sobre él anuncia que yace allí el cuerpo de un cristiano que vivió lleno de esperanza, y espera con confianza el día de la resurreccion general ^{2.} ¡Pensamiento consolador! ¡Religion santa, bendita seas! En ese sepulcro sobre el cual se alza una cruz, el cristiano se parece al viajero cansado que descansa dulcemente á la sombra de un árbol, esperando que llegue la hora de continuar su camino.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por la ternura que habeis inspirado á vuestra Iglesia hácia los difuntos; permitid que hagamos por ellos lo que quisiéramos que algun día hicieran por nosotros.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *dedicaré todos los lunes á rezar por los difuntos.*

¹ Ritual romano.

² Véase Mr. Thirat, *Espíritu de las ceremonias*, pág. 125.

LECCION LIII.

EL CRISTIANISMO SENSIBILIZADO.

Dedicacion.—Significacion, razon.—Division de las ceremonias antes de la abertura de la iglesia;—Despues.—Razones que nos instan á ir á la iglesia.

I. Fiesta de la Dedicacion.—Si la Religion, como hemos demostrado, tiene razon para bendecir las cosas mas insignificantes que sirven para su culto, ¿cómo podia dejar de consagrar los lugares destinados á la ofrenda de su sacrificio y al cumplimiento de sus augustos misterios? Así pues, vemos que la consagracion de los templos se practicaba bajo la antigua Ley. Se sabe con cuánta magnificencia y con qué pompa régia hizo Salomon la dedicacion del primer templo erigido en el universo á la gloria del Altísimo. Y aquel templo no debia encerrar mas que vanas sombras: las tablas de la ley, el maná del desierto, y la vara milagrosa de Aaron; en el atrio de su templo solo habia de arrodillarse un pueblo carnal; en sus altares de bronce no debia verterse mas que la sangre de los animales, y sus bóvedas de oro y de cedro solo habian de resonar con los acentos de los Profetas.

En el templo católico habita el Dios que dictó la ley; allí descansa el pan vivo bajado del cielo; un pueblo de adoradores en espíritu y en verdad llena el recinto sagrado, el altar está teñido con la sangre redentora del universo, y los ecos resuenan con la voz del Soberano de los Profetas. ¿Y creéis que la Iglesia católica no debia consagrar sus templos con ceremonias cuya santidad correspondiese á la santidad misma del edificio? ¡Oh! no, imposible.

Pues bien, apenas esta divina Esposa del Hombre-Dios sale de las Catacumbas, donde durante tres siglos oculta sus augustos misterios, cuando se apresura á edificar y consagrar templos al Dios vencedor de los Césares. «La persecucion de los emperadores anteriores, dice Eusebio, habia derrocado todas nuestras iglesias; pero «bajo Constantino reparamos esta pérdida con ventaja. Desplegaronse en esta ocasion todo el poder y todas las riquezas del nuevo

«emperador, y no se veía en todas las ciudades del imperio mas que «templos soberbios que se alzaban y que los obispos dedicaban á la «gloria de Jesucristo ¹.»

Pero ¿cuál creéis que era el motivo de la alegría que causaba á la Iglesia la solemnidad de las dedicaciones? ¿Eran aquellos templos materiales que se ofrecían á su divino Esposo? No. Lo que la hacia estremecer de ventura era la union, la concordia y la caridad que, uniendo á todos los hombres, como unian entonces á nuestros padres en la fe, convierten en templo vivo y eterno estos templos materiales y perecederos. Los templos visibles, nos dice la Esposa de Jesucristo, no son mas que una imágen; el templo real es la reunion de los emperadores, obispos, pueblos, provincias y reinos; de todos los cristianos entre sí, ofreciéndose todos juntos al Señor con la víctima divina é inmortal, que es mi divino Esposo. Á fin de sensibilizar esta verdad, un gran número de mis obispos se reúnen para la dedicacion de los templos materiales, con objeto de figurar mi templo espiritual y representar lo que se hace en el templo celestial, es decir, para cantar y alabar á Dios, para sacrificar y hacer admirar lo que tengo de mas augusto en mis ceremonias.

Examinad detalladamente esas oraciones sublimes y esa pompa imponente, y decid si la Iglesia de la tierra podria representar mejor el templo del cielo, ese templo verdadero cuyas piedras vivas han de ser los Angeles y los hombres; si podria enseñar mejor á sus hijos que no deben formar en Jesucristo mas que un cuerpo, una alma, un corazon, un templo, un altar, una hostia viva é inmortal por medio de la caridad. ¿Y conoceis una virtud mas social, mas indispensable que la caridad y el espíritu de sacrificio? Si no la conoceis, conceded, pues, tambien que nuestras ceremonias, de que se burla la ligereza, son admirablemente propias para predicarla al mundo.

En efecto, hé aquí el magnifico lenguaje que la Iglesia os dirige en la dedicacion de sus templos: «Habiéndose unido hipostáticamente el Verbo eterno al cuerpo del hombre, que es una porcion «de la tierra, se comprometió en cierto modo á consagrar todo el «resto de la tierra y á hacer de él un templo tan extenso como el mundo, y tan duradero como los siglos. El Verbo solo ha podido hacer «esta obra maestra, y no lo ha hecho mas que encarnándose y edi-

¹ Eusebio, lib. X, c. 3.

«ficándose un templo en la tierra, y trocando á toda la tierra en este mismo templo. Con esta idea empleo tantas ceremonias y tanta «magnificencia en la dedicacion de mis templos, que no son mas «que la imágen de este templo divino y milagroso ¹.»

II. Explicacion de las ceremonias.—Dóciles á la voz de la Iglesia, estudiemos con espíritu de fe y de piedad la consagracion de nuestros santuarios. Esta ceremonia, una de las mas imponentes del culto católico, puede dividirse en dos partes. La primera, desde el principio de la accion hasta la abertura de la iglesia, y la segunda, desde esta abertura hasta el fin. La primera nos dice que estamos desterrados en la tierra, y que debemos emplear todos nuestros esfuerzos para llegar á la patria celestial; la segunda nos presenta una figura, un goce anticipado de los regocijos y alegrías de la gloriosa Jerusalem. Asi pues, el conjunto de la ceremonia es un verdadero poema épico que refiere á la fe y á los sentidos toda la vida del género humano en el tiempo y en la eternidad.

Primera parte. Hasta la abertura de la iglesia.

Digamos en primer lugar que el poder de consagrar las iglesias pertenece exclusivamente al obispo, el cual se prepara á ejercerlo por medio del ayuno, y la razon de esto es que representa al Pontífice eterno que es el único que ha podido abrirnos el cielo por medio del ayuno y del padecimiento. Las reliquias de los Santos, que deben colocarse en el altar mayor del nuevo templo, se encierran en un vaso fuertemente sellado y se depositan entre luces sobre una mesa adornada con cuidado fuera de la iglesia. Hé aquí el hombre desterrado del cielo. El obispo, revestido con capa pluvial blanca, y acompañado de su clero, va al lado de las reliquias á implorar la misericordia de Dios y solicitar su gracia, y recita con este objeto los siete salmos de la penitencia, verdadero suspiro del arrepentimiento y de la esperanza. Cuando se han terminado, van todos en procesion á la puerta de la iglesia que está cerrada, y no hay nadie en lo interior á excepcion del diácono, revestido del amito, del alba, del cingulo y de la estola blanca. El diácono es la figura del apóstol san Pedro, á quien se han entregado las llaves del cielo.

Conmovido el obispo con la grandeza de la empresa, exclama: «Dios omnipotente, Padre, Hijo y Espíritu y Santo, sed en medio de «nosotros.» Al momento Pontífice, clero y fieles se postran de rodi-

¹ Eusebio, lib. X, c. 4.

llas para implorar la asistencia de sus hermanos bienaventurados que triunfan en el cielo, y los llaman sucesivamente por sus nombres recitando las Letanías de los Santos. Confiando en su auxilio, el consagrador procede á la abertura de este cielo simbólico. Bendice la sal y el agua en las oraciones, los exorcismos y las señales de la cruz ordinarias. Hemos explicado en otra parte la eficacia y las significaciones del agua bendita; de la sal y de los exorcismos. La potestad de las tinieblas que habia profanado el mundo y cerrado el cielo va á ser arrojada y desposeida; el obispo hace una aspersion, con el agua que acaba de bendecir, sobre sí mismo, sobre el clero y sobre el pueblo para que sus oraciones sean mas fervientes y mas gratas á Dios; parte en seguida, precedido de dos acólitos, y da vuelta á la iglesia esparciendo agua bendita por las paredes exteriores, y repite continuamente estas palabras: *En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo*. Durante esta ceremonia el coro canta esta antifona: «La casa del Señor se ha fundado sobre la cima del monte, y se ha elevado sobre todas las colinas; todas las naciones vendrán á ella, y dirán: Gloria á Vos, Señor; vendrán con alegría, llevando gavillas en sus manos, y dirán: Gloria á Vos, Señor.»

El obispo vuelve á la puerta de la iglesia, recita una oracion en la que suplica al Señor que tome aquel templo bajo su proteccion y lo convierta en casa de santidad y oraciones, y despues llama una vez á la puerta con el báculo pastoral, diciendo: «Abríos, puertas principales; levantaos, puertas eternas, y entrará el Rey de gloria.» El diácono, que está dentro de la iglesia, pregunta: «¿Quién es ese Rey de gloria?» El obispo responde: «Es el Dios fuerte y poderoso, es el Dios de los ejércitos.»

El diácono no abre la puerta. Entonces el obispo hisopea segunda vez las paredes exteriores de la iglesia, en tanto que el coro canta esta antifona: «Señor, bendecid este templo que habeis erigido á la gloria de vuestro nombre. Desde lo alto de vuestro trono escuchad las súplicas de los que vendrán á él á adoraros. Señor, si vuestro pueblo se convierte, si hace penitencia y viene á supplicaros en este sitio, escuchad sus votos desde vuestro supremo trono.»

Despues de dar segunda vez vuelta en rededor de la iglesia, el obispo recita una oracion para pedir á Dios que todos los que se reunan en aquella iglesia gocen de las dulzuras de la paz y de la

union. Llama segunda vez á la puerta con el báculo, diciendo: «Abríos, puertas principales; levantaos, puertas eternas, y entrará el Rey de gloria.» El diácono vuelve á preguntar: «¿Quién es ese Rey de gloria?» El obispo responde: «Es el Dios fuerte y poderoso, el Dios de los ejércitos.»

No se abre aun la puerta de la iglesia, para recordar que nuestro Señor Jesucristo encontró resistencia al derrocar al demonio y destruir el imperio que ejercia mucho tiempo hacia en la tierra.

El obispo da por tercera vez vuelta á la iglesia arrojando, *en nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo*, agua bendita en las paredes exteriores. Entre tanto el coro canta esta nueva antifona: «Señor del universo, Vos que todo lo teneis en abundancia, y que habeis querido que vuestro templo se alzase entre nosotros, Señor, preservad para siempre á vuestra casa de toda mancha. La habeis elegido, Dios mio, para que en ella se invoque vuestro nombre, y para que sea un lugar de súplicas y oraciones; conservadla siempre sin mancha.»

El obispo vuelve al atrio, pide á Dios en una oracion que bendiga y santifique lo que él va á bendecir y santificar, que los demonios salgan de aquel templo, y que entren los Ángeles de paz para no abandonarlo jamás.

Entonces llama tercera vez á la puerta de la iglesia pronunciando las mismas palabras: *Abríos, puertas, etc.*, y el diácono, despues de su respuesta, abre la iglesia. En este triple viaje hallaréis el recuerdo de la santísima Trinidad y la triple jerarquia de los elegidos: la virginidad, la continencia y el matrimonio; y en las tres veces que se llama á la puerta, el triple poder de Jesucristo en el mundo: la creacion, la redencion y la glorificacion; las penas y trabajos que le ha costado la conquista de su herencia y de la nuestra. El obispo hace la señal de la cruz en el umbral de la puerta con su báculo antes de entrar en la iglesia, para demostrar que solo con su muerte cerró Jesucristo el infierno y abrió el cielo, y dice al practicar esta ceremonia: «Hé aquí la señal de la cruz; desvanézcanse todos los vanos fantasmas.»

El clero sigue al obispo á la iglesia, y los fieles se quedan fuera. Si el pueblo entrase en tropel, la ceremonia no podria celebrarse ya con decencia: tal es sin duda la razon exterior por la cual no son introducidos los asistentes; pero existe otra llena de misterios. La iglesia representa al cielo; cuando Jesucristo entró en él despues de

su resurreccion, solo le seguian los justos que habia sacado del limbo; pero cuando haya consumado, al fin de los siglos, la dedicacion de la eterna Jerusalem, entrará lleno de gloria al frente de todos los elegidos. «Paz en esta casa,» dice el obispo al poner el pié en la iglesia, y el clero canta una antífona en que pide á Dios esta paz tan necesaria á la dicha y á la salvacion del hombre. Terminada la antífona, todos se postran de rodillas en medio de la iglesia, y el obispo entona el himno *Veni, Creator*, para pedir su auxilio y sus luces al Espíritu Santo.

Se recitan otra vez las Letanias de los Santos para implorar su asistencia, y son seguidas del *Benedictus*. Durante este cántico, el obispo forma con su báculo sobre dos regueros de ceniza, que se han hecho en figura de cruz de san Andrés (X) de un extremo á otro de la iglesia, las letras del alfabeto griego y latino ¹. Sobre el uno están las letras griegas y sobre el otro las letras latinas, escritas de tal modo que la primera y la última letra de cada alfabeto se hallan colocadas en los cuatro extremos de la iglesia.

La reunion del griego y del bárbaro en el seno de la Iglesia, el poder de la cruz y la victoria de los Apóstoles, son las cosas que representa esta enérgica ceremonia, á la cual sigue otra no menos solemne é instructiva. El Pontífice va á bendecir los altares y las paredes interiores de la iglesia; no se servirá del agua que ha empleado para santificar la parte exterior del templo, sino que bendice allí otra en la cual mezcla sal, ceniza y vino. Jesucristo es quien nos ha abierto el cielo y da la santidad á nuestras iglesias, donde se digna hacer su morada. El agua, la sal, la ceniza y el vino, símbolo de su divinidad y de su humanidad, de sus ignominias y de su gloria, de su muerte y de su resurreccion, recuerdan esta doble verdad.

Después de una magnífica oracion, en la cual el obispo enumera todas las cualidades del agua que acaba de bendecir, y los maravillosos afectos que de ella espera, se acerca al altar, si debe consagrarle, y mientras cantan el salmo *Judica me, etc., Juzgadme, etc.*, toma agua bendita y forma con ella cinco cruces sobre la mesa del altar, una en medio y las otras en los cuatro extremos, diciendo: «Santificado sea este altar en honra del Dios todopoderoso, de la gloriosa Virgen María y de todos los bienaventurados, bajo el nom-

¹ No se emplean los caracteres hebreos, para indicar la perfidia de los judíos, aunque el hebreo sea una de las tres lenguas sagradas.

«bre y la memoria de san N., en nombre del Padre, y del Hijo, y «del Espíritu Santo.»

Entonces da vuelta al altar siete veces y lo rocía con agua bendita recitando el salmo *Miserere mei, Deus, etc. Ó Dios, tened compasion de mí, etc.* El Señor no escuchó los votos de Israel ni derrocó las murallas de Jericó hasta la séptima vuelta en derredor de esta ciudad. El obispo desea que Dios oiga su oracion y colme sus deseos esparciendo sus bendiciones sobre el ara en que ha de ofrecerse la adorable Víctima. En seguida, según el espíritu de la Iglesia, el altar representa á nuestro Señor. Todas las ceremonias y oraciones de la consagracion tienden á identificar, en cuanto es posible, el altar material y el altar espiritual: las siete vueltas refieren las siete grandes virtudes de nuestro Señor, y los siete viajes de este divino Pastor en busca de las ovejas, así como las cinco cruces grabadas sobre el altar, con las tres unciones de óleo é incienso, representan sus cinco llagas, la gracia que de ellas se desprende y las tres virtudes fundamentales del Cristianismo, la fe, la esperanza y la caridad. La incensacion que termina, es el emblema de la oracion.

El obispo rocía tres veces con la misma agua bendita las paredes interiores de la iglesia, primeramente la parte inferior, después el medio y finalmente la parte superior empezando por el lado oriental; y volviendo al altar, bendice el pavimento. Esta ceremonia nos dice que á la purificacion exterior debe añadirse la pureza interior del alma, que no hay nada mancillado en el cielo, y finalmente, que nuestro Señor, que salió de Oriente, ha santificado el mundo entero. El clero canta en tanto varios salmos que recuerdan la celestial Jerusalem y los bienes que el Señor reserva á sus elegidos.

El obispo recita después de esta ceremonia varias oraciones interesantes, pero especialmente un prefacio que perderia su mérito traduciéndolo, y en el cual expone todos los favores, gracias y beneficios que suplica al Señor conceda á los fieles que irán á adorarle en aquel templo. Terminada esta oracion, hace con la última agua bendita, con cal y arena una argamasa que bendice y empleará pronto para sellar las reliquias de los Santos en el altar.

Segunda parte. Desde la abertura de la iglesia hasta el fin de la ceremonia. Ha llegado el momento de introducir en la iglesia estos preciosos restos, que van á buscar en procesion y cantando en su honor salmos y antífonas. Llévanlos en hombros sacerdotes que dan